

¿ANALICEMOS UNA NARRACIÓN?

Nombre:

Curso:

Fecha:

Objetivo de Aprendizaje 3

Analizar las narraciones leídas para enriquecer su comprensión, considerando, cuando sea pertinente:

- El o los conflictos de la historia.
- Los personajes, su evolución en el relato y su relación con otros personajes.
- La relación de un fragmento de la obra con el total.
- El narrador, distinguiéndolo del autor.
- Personajes tipo (por ejemplo, el pícaro, el avaro, el seductor, la madrastra, etc.), Símbolos y tópicos literarios presentes en el texto.
- Los prejuicios, estereotipos y creencias presentes en el relato y su conexión con el mundo actual.
- La disposición temporal de los hechos, con atención a los recursos léxicos y gramaticales empleados para expresarla.
- Elementos en común con otros textos leídos en el año.

La narración es una de las herramientas utilizadas en el ámbito de la literatura para relatar una historia, describiendo sus ambientes, hechos, personajes y los sentimientos que de estos se desprenden. Además, en toda narración es indispensable que exista un conflicto. El **conflicto narrativo** consiste en la oposición de dos o más fuerzas con objetivos contrarios. El enfrentamiento de estos objetivos sirve como desarrollo de los acontecimientos.

Por otro lado, la historia es contada por un **narrador**, que es un personaje creado por el autor que tiene la misión de **contar la historia**. Hay diferentes tipos de narrador según **la información que dispone para contar la historia** y del **punto de vista que adopta**.

Punto de vista	Tipos	Definición	Ejemplo
Narradores externos	Omnisciente	El narrador sabe lo que ocurre en todas partes y lo que piensan todos los personajes	“Cuando B toma el tren para dirigirse a la ciudad de X, aún no está enamorado. El primer día lo pasan encerrados en casa de X, hablando de sus vidas (en realidad quien habla es X, B escucha y de vez en cuando pregunta.”
	Conocimiento parcial o relativo	Sólo puede dar a conocer lo que ve, es decir, el aspecto y las acciones de los personajes, pero no sus pensamientos ni emociones, así como los hechos que suceden en un lugar a la vez.	“El hombre aquel que hablaba se quedó callado un rato, mirando hacia afuera.”
Narradores internos	Protagonista	Participa como personaje principal de la acción y nos lo cuenta desde su punto de vista.	“¿Cómo y por qué llegué hasta allí? Por los mismos motivos por los que he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa.”
	Testigo	Suele tener un papel indirecto. Nos cuenta una historia de terceros (en la que puede estar implicado) desde su punto de vista.	“Primero estuvo en Buenos Aires, luego los malos vientos que soplaban en la vecina república lo llevaron a México en donde vivió un par de años y en donde lo conocí.”

Actividades

- I. Lee el siguiente texto y realiza las actividades relacionadas a tu lectura.

Un visitante siniestro

A mí nunca se me ha dado bien esto de escribir. Ya sé que muchos colegas opinan que nuestra profesión siempre ha mantenido estrechas relaciones con la literatura, y no seré yo quien lo niegue; hay ejemplos suficientes sin tener que salir de este hospital. Ahí está Torrado, el de cardiología, que no pierde ocasión para decir que le dan más dinero los libros que la consulta particular; o Sobreira, ese bajito que trabaja en el tercer piso, y que no hace mucho salió en todos los periódicos por haber ganado un premio de novela muy importante. Pero no es mi caso, porque nunca he sido capaz de escribir nada que valga la pena. Así que supongo que no es normal que yo esté ahora aquí, a estas horas de la noche, tratando de encontrar las palabras que me permitan explicar lo que me ha pasado en estas últimas semanas.



Pero si callo y no cuento lo que me ha pasado en estas semanas, reviento. Reviento, sí, que uno no puede mantener oculto durante mucho tiempo un secreto como este. Tengo todas las pruebas que demostrarán que no miento: las grabaciones, los análisis, las placas..., ¡todo! Es imprescindible que escriba mi historia aquí, en este cuaderno que luego guardaré bien guardado en la caja fuerte. Así, si algo me pasa, si muero, confío en que alguien lea estas páginas y las haga públicas, para que el mundo entero pueda conocer unos hechos que, seguramente, obligarán a cambiar muchas de nuestras ideas sobre la ciencia. Por eso, trataré de contarlo ordenadamente, si soy capaz.

Todo comenzó la tarde del veintisiete de octubre, cuando recibí aquella llamada telefónica que, en principio, era una más entre las muchas que recibo todos los días.

La que oí por teléfono era una voz masculina, solicitando que lo atendiera con urgencia. Creí percibir un tono de angustia en sus palabras, así que le di hora para el dos de noviembre, que fue el primer día en el que pude encontrar un hueco en mi agenda. A mi interlocutor le pareció una fecha excelente, aunque me suplicó que lo atendiese al anochecer, porque le era imposible acercarse antes por mi consulta. En eso, naturalmente, no había ningún problema; más bien al revés, ya que la gente, por regla general, prefiere venir hacia las primeras horas de la tarde. Le dije que, si le parecía bien, podía recibirlo cuarto para las nueve. No puso ninguna objeción, así que anoté en la agenda el nombre que me dio: Cristóbal Conde.

Cuando llegó el día dos, ya me había olvidado de la conversación telefónica con el tal Cristóbal Conde, naturalmente. Aquella había sido una jornada de mucho trabajo, en el hospital y en la consulta, y me dieron las nueve y media atendiendo a una anciana de Mondoñedo, que venía completamente baldada de la espalda. Cuando se fue la señora, Lola, mi ayudante, me indicó que solo quedaba un paciente aguardando en la sala de espera, el señor Cristóbal Conde.

Al tiempo que me lo decía, Lola aprovechó para pedirme si podía irse un poco antes, que se había enfriado y que le dolía un poco la cabeza. Le dije que sí, que ya me encargaría yo de recoger todo y de cerrar cuando acabase la consulta. Así que, cuando mi cliente entró en el despacho, éramos las dos únicas personas que quedábamos en la consulta. Al principio, no me fijé mucho en él, ya que estaba ocupado en ordenar unas radiografías que habían quedado esparcidas por encima de los papeles. El hombre murmuró un <<buenas noches>> casi ininteligible, y después se sentó en la silla situada enfrente de mi mesa.

Saqué del cajón una ficha nueva para rellenarla con los datos del nuevo paciente. Levanté la vista de forma rutinaria, y entonces pude ver por primera vez su cara. En esta profesión, uno está acostumbrado a ver toda clase de personas; pero esta vez no pude disimular mi asombro, y me quedé un rato con la pluma en el aire, irremediabilmente fascinado por lo que tenía delante.

La persona sentada frente a mí, que me observaba con una mirada aguda y penetrante, era alta y muy flaca. Tenía la piel increíblemente tersa, aunque aparentaba sus buenos sesenta años. Reparé en que en el perchero había un elegante abrigo de cuero negro, que hacía juego con el sobrio traje gris que vestía aquel hombre, una muestra inconfundible del trabajo de Adolfo Domínguez. Una camisa abotonada hasta arriba, completaba su elegante atavío.

Llevaba el pelo peinado hacia atrás y ligeramente humedecido. Había algo en él, no sabría definirlo, que recordaba a esos modelos masculinos que presentan la moda gallega en las pasarelas de todo el mundo.

Pero era solo un ligero parecido, porque su extraña palidez, los ojos hundidos, los labios blancos y la extrema delgadez de sus manos que retorció una y otra vez, indicaban que su salud no era tan buena como debería. <<Este hombre está. Enfermo>>, pensé. <<Lo está, no hay más que verle la cara>>. Y, sin embargo, había algo en el brillo de aquellos ojos, en aquella mirada irónica, que parecía desmentir mis primeras impresiones.

—Don Cristóbal Conde, ¿verdad? —dije—. ¿Y cuál es el segundo apellido? Estaba ya comenzando a escribir su nombre en la ficha cuando mi paciente dijo con voz rotunda:

—No hay tal Cristóbal Conde, doctor, esa persona no existe. Es mejor decir las cosas claras desde el principio. Me quedé con la pluma en la mano mirándolo sorprendido. Al ver mi indecisión, me animó a escribir con un gesto, al tiempo que me decía:

—Quiere mi nombre completo, ¿no es así? Pues anote, entonces. Me llamo Vlad Tepes, decimoquinto conde de Dracul. Aunque todos me conocen como el conde Drácula.

Consultado en:

<https://es.calameo.com/books/003756708f604f9624b90>

1. Completa el siguiente esquema con la estructura de la narración que leíste.

Inicio	<hr/> <hr/> <hr/>
---------------	-------------------



Conflicto de la	<hr/> <hr/> <hr/> <hr/>
------------------------	-------------------------



Resolución del conflicto	<hr/> <hr/> <hr/> <hr/>
---------------------------------	-------------------------

2. Ordena del 1 al 4 la secuencia de acontecimientos según lo que leíste.

- a) Lola, la ayudante del doctor, le pide permiso para irse antes a casa.
- b) El protagonista justifica su necesidad de explicar lo que le ha sucedido en la consulta.
- c) El paciente confiesa que Cristóbal Conde no existe.
- d) El doctor termina la visita de la anciana de Mondoñedo.

3. Describe al conde y al médico.

Conde

Médico

4. ¿Quién era realmente Cristóbal Conde?

5. ¿Qué tipo de relación se establece entre el médico y Vlad Tepes?

6. ¿Qué pasa con el médico luego de ver el paciente que estaba en su consulta?

7. ¿Qué tipo de narrador predomina en el relato? Ejemplifica con un fragmento del texto.

8. El médico confiesa que lo suyo no es escribir. ¿Qué pudo haberlo impulsado a relatar su experiencia con el paciente?

9. Según tu opinión, ¿Por qué crees que el médico se siente fascinado por la persona que ha llegado a su consulta?

